

necesario regenerar aquella sociedad con sangre nueva y con los ejemplos de virtud y sobriedad que consigo traían aquellos bárbaros. Hartos de matanza y de pillaje comprendieron éstos que debían, si no restaurar lo destruído, en lo que su misma incapacidad no les dejó pensar, por lo menos conservar lo existente, pues la peste se cebaba entre ellos mismos, y las fieras, encarnizadas con los muertos, atacaban á los vivos, despedazando cuanto encontraban para saciar su cruel voracidad, en lo que llegaron á aventajarles muchos seres humanos, que sacrificaron á sus propios hijos. Entonces se repartieron la Península, estableciéndose los Suevos en Galicia; al SE. los Vándalos; los Alanos en Lusitania y los Vándalos Silingos en Andalucía. La Tarraconense, Celtiberia y Carpetania quedaron en poder de los Romanos. Pocos rastros dejaron estos pueblos en la Península. Los Silingos fueron completamente exterminados por Walía, quien derrotó también á los Alanos, los cuales se unieron con los Vándalos, y juntos marcharon poco después á devastar el Africa, llamados por Bonifacio. Los Suevos fueron sometidos por Leovigildo.

CAPÍTULO II

EL PUEBLO VISIGODO

I

Origen y constitución social y política de los Germanos

LA gran familia Germana, de la cual formaron con el tiempo los Visigodos la rama más distinguida, perteneciente, como la Celta, al grupo jafético, penetró en Europa á consecuencia, según se cree, de los movimientos de los pueblos Tártaros, muchos siglos antes de la Era cristiana. Ocupó todo el centro de Europa entre los Celtas y los Eslavos, viviendo largos siglos en completo aislamiento, dividida en multitud de tribus, hasta que se puso en contacto con el Imperio Romano. Parece que encontró á su llegada á Europa una población indígena que le había precedido en su emigración, la finesa, constructora de las mansiones humanas llamadas lacustres, cuyos restos son bien conocidos: esta población debió retirarse sin lucha, al aproximarse los Germanos, hacia las regiones del Norte y Oeste, pues únicamente quedan fineses en la Finlandia actual. Muchos pueblos pertenecientes á la raza de Jafet habían alcanzado ya poderosa civilización, mientras los Germanos arrastraban una vida nómada, casi salvaje, encerrados en las impenetrables selvas de

Germania; y no porque la gran familia que más tarde debía destruir el Imperio Romano, constituyendo sobre sus escombros las grandes naciones modernas, fuera refractaria á la civilización, sino porque estos pueblos no tuvieron, como los Javanas y los Celtas, la suerte de establecerse en un país á propósito, como las fértiles y risueñas comarcas del Mediodía, con su cielo despejado y puro, fecundos valles y elevadas cordilleras, y envidiable clima, templado y sano como ninguno; circunstancias todas que excitan por manera maravillosa el desarrollo de las facultades intelectuales y morales, despertando la agilidad en los miembros y el amor al trabajo.

La inmensa selva germana fué su primitiva habitación; y tal influjo ejerció en el pueblo, tan grabados quedaron sus recuerdos en la memoria de aquellas gentes, tan soberana influencia ejerció en sus costumbres, en su género de vida, en su religión y hasta en su idioma, que aun hoy día presta á sus poetas poderosa inspiración para muchas de sus más preciadas creaciones. La selva fué el baluarte de su independencia contra el absorbente poder de Roma; mantuvo el primitivo vigor de su cuerpo y de su espíritu y la pureza de sus costumbres, que habían de regenerar á la decrepita humanidad, emponzoñada por los vapores pestilentes que brotaban de las inmundas bacanales, y dió alimento á numerosa población por espacio de 2000 años cuando

menos. Tácito se entretiene en pintarnos las morigeradas costumbres de los Germanos y sus apreciables virtudes, comparándolas con el corrompido y envilecedor modo de ser de los Romanos. Ordinariamente los hijos de las selvas sólo tienen una mujer, á la cual tratan como compañera; el hombre lleva la dote; la mujer ofrece armas á su marido para que defienda su libertad, más preciada que la de los mismos guerreros. Las armas son sus divinidades matrimoniales, pero la mujer debe acompañar á su marido á los combates, compartiendo con él todos los peligros, y animándole con sus gritos en los casos apurados. «La mujer que llega á ser madre, dice Tácito, amamanta ella misma á sus hijos y no abandona este deber á nodrizas y siervas, como hacen las damas romanas.» Jamás faltaban los Germanos á sus juramentos y promesas, y menos á la hospitalidad, una vez concedida. Los Gépidos prefirieron ser exterminados por Justiniano antes que entregar á un fugitivo que se había cobijado bajo su protección. Ocurría que muchas veces en el juego perdían todos sus bienes, sus mujeres y sus hijos; cuando ya nada tenían que perder se jugaban ellos mismos; pero por duro que fuera á hombres amantísimos de la libertad quedar reducidos á dura esclavitud, entregábanse sin vacilar. No estaban exentos de defectos ni podía ser de otra manera. Si el padre no levantaba á

su hijo recién nacido al presentárselo sobre el escudo, era señal de que lo condenaba á muerte: practicaban sacrificios de seres humanos, pero no en gran escala. Mas los dos defectos característicos de estos pueblos eran la embriaguez y su pasión por el juego. «Pasar todo un día y una noche bebiendo, no tenía para ellos nada de indecoroso» (Tácito). Y como asistían á los festines con sus armas, que nunca abandonaban, no hay que decir que todos aquellos banquetes degeneraban casi siempre en riñas sangrientas, y á veces en homicidios. El germano no se ocupaba más que en la caza y en la guerra; el resto de su vida lo pasaba en festines y en el juego: su mujer, sus hijos y sus esclavos, cuando los tenían, laboraban las tierras, ocupación que ellos tenían por vil y humillante. Eran, como los Iberos y Celtas, amantísimos de su independencia. El sentimiento de suficiencia individual lo dominaba todo; él era productor de su heroísmo, como en los Españoles, pero contraproducente; ya porque los sacrificios eran estériles, ya porque mantenía el progreso estacionario.

Al penetrar en la inmensa selva germana, establecieron las familias en los puntos que mejor les parecía: cada una se apropiaba el terreno necesario para sus pastos, el cual era repartido entre los distintos grupos de la tribu. Lo primero que hacían era tomar solemnemente posesión del terreno, dando la vuelta á toda la comarca,

unos montados, otros en carro y los demás á pie: amojonaban el término, encendiendo grandes hogueras y ofreciendo sacrificios á sus divinidades terminales; inmediatamente procedían á roturar los terrenos adjudicados, dejando al rededor vastas extensiones incultas que los resguardaran de sus enemigos y sirvieran á la vez de común aprovechamiento: la parte más productiva quedaba en el centro, donde edificaban las aldeas, concentrando allí las fuerzas de la tribu. Nunca construyeron ciudades; «les repugnan las murallas, dice Amiano Marcelino: un pueblo amurallado es para ellos una tumba cercada de redes.» Mucho antes había dicho Tácito: «Ni siquiera pueden vivir en casas que estén unidas; separadas unas familias de las otras, y dispersas, se establece cada una en el punto que más les atrae, junto á un manantial, á un prado, á un bosque, según el caso y gusto particular.» Sus viviendas eran sumamente rústicas; sus únicos materiales, la madera toscamente labrada. Debíase esto, no sólo al incesante movimiento de los pueblos, á los continuos ataques que sufrían, primeramente de sus mismas tribus y después de los Romanos y de los Hunos, sino también impulsados por la idea de que, siguiendo el curso del sol, encontrarían países más cálidos y fértiles. De aquí que no consideraran sus establecimientos como definitivos, sino impuestos por la necesidad, y como escalones para llegar al tér-

mino apetecido. Además, el excesivo aumento de población de aquellas tribus nómadas, que con dificultad iban transformándose en sedentarias, les obligaba á vivir en continuo movimiento; y nada más fácil, con aquel género de vida, que transportar á otro punto, por conveniencia ó por necesidad, al ser atacadas por otras tribus, no sólo sus familias y ganados, sino también todo su ajuar. Necesariamente el género de vida de estos Bárbaros debía ser sencillo y frugal en grado sumo. «Como pasan, dice Tácito, la mayor parte de la noche bebiendo, y no duermen hasta muy tarde, cuando despiertan toman un baño, generalmente caliente, porque el frío dura casi todo el año en su país. Después almuerzan en mesa separada cada uno, y satisfecha esta necesidad, van siempre con sus armas á sus quehaceres ó á reunirse para volver á beber y holgar, acabando con harta frecuencia por emborracharse y buscar reyertas.» Su alimento principal era la caza, la leche de sus rebaños y la carne de éstos, y el pan, generalmente de cebada. La manteca de vaca sólo la comían los ricos: su bebida ordinaria era la cerveza, aunque también usaron el vino, por más que algunas tribus, como la de los Suevos, prohibieron su uso. Su ocupación favorita era la guerra: sus armas más usuales, la lanza, la espada, la maza y el escudo: los ginetes llevaban casco y *framea* ó dardo arrojadizo. En los combates interpolaban la caballería con la

infantería. La formación de su ejército en orden de batalla era semejante al terrible *cuneus* de los Celtíberos, que ellos llamaban «cabeza de cerdo.» Al principio esta disposición de sus tropas los hizo poco menos que invencibles; pero después los Romanos imaginaron la manera de envolverlos y destrozarlos. Mario aniquiló así las terribles hordas de los Cimbro y Teutones. Atacaban de frente, sin volver jamás la cara: el cobarde quedaba por siempre deshonrado; los parientes combatían juntos, encerrando á sus mujeres é hijos pequeños en campamentos amurallados con sus carros, cuando en sus excursiones topaban con el enemigo; y muchas veces las derrotas se trocaban en victorias por los ahullidos de sus mujeres, quienes excitaban su valor para impedir que cayeran prisioneras, pues como eran amantísimos de la familia, antes preferían la muerte que la esclavitud de sus esposas, hijas y madres. «Para asegurarse de la fidelidad de estos pueblos, dice Tácito, no hay mejor medio que pedirles en rehenes nobles doncellas.»

Antes de penetrar los Germanos en Europa, ya estaban organizados en tribus: éstas se componían de familias consanguíneas, entre las que descollaba la más antigua, el tronco principal, que descendía de una divinidad, y ejercía soberana influencia sobre todas las otras. Al establecerse en Europa, cada tribu, dirigida por su jefe natural, ocupó un punto determinado, en com-

pleto aislamiento de las demás, por la costumbre que tenían de encerrarse en países cercados de impenetrables selvas, ríos, torrentes, montañas y pantanos. La familia había dado lugar á la tribu; después la tribu formará el pueblo, y éste la nación. La familia más antigua gobernaba á las demás que de aquella procedían. Necesariamente había de haber tres clases de población libre: el rey, la nobleza y el pueblo.

a) *El Rey.*

Era el jefe natural de la tribu, descendiente, por continuadas generaciones, del tronco primitivo. Su poder estribaba, más que en sus riquezas y propiedades territoriales, en el piadoso respeto que sentían los demás por el sucesor legítimo del que dió origen á la raza, pues creían que el fundador del pueblo era hijo de una divinidad. Consistían sus atribuciones principales en ejercer las funciones sacerdotales, presidir el consejo, y mandar el ejército. Ofrecíansele regalos voluntarios. Su poder no era absoluto, pues estaba limitado por el de la nobleza y el del pueblo reunido en asamblea. Administraba justicia, hacía ciertos nombramientos, podía imponer multas, y dirigía la política exterior. El poder real residía en la familia principal: ordinariamente sucedía al Rey su hijo primogénito, si podía llevar armas, y nunca se le excluía arbitrariamente. Sin embargo, no había orden preciso en la sucesión. Muchas veces elegíase á un pariente lejano del

Rey, postergando á los hijos de éste, indignos ó incapaces, siempre que se distinguiera el elegido por su valor y robustez. A veces, destituido un rey, elevábase á la dignidad real á otra familia; pero esto sucedía raras veces, y sólo cuando necesidades supremas lo exigieron en tiempos de emigración.

b) *La nobleza.*

Constituían esta clase los descendientes de la primeras familias, engendradas por los hijos segundos del tronco principal. Tenían, pues, un origen semi-divino, y no se diferenciaban de la familia real más que como ramas secundarias. Adquirida esta dignidad por el origen, no podían darla ni la riqueza, ni la distinción personal, ni la diferencia de tribu, ni la conquista. Sin embargo, cuando las necesidades de la guerra obligaron á la unión, muchas familias reales quedaron como nobles, al ponerse al abrigo de otra tribu superior. Estas familias primitivas fueron extinguiéndose con rapidez; y al establecerse en las provincias romanas, nació una nueva nobleza feudal, creada por los monarcas en premio á servicios extraordinarios. La nobleza antigua compartía con el Rey las atribuciones soberanas: cada noble era jefe natural de su familia, y gobernaba su cantón, conforme el Rey gobernaba la tribu. Eran celosos defensores de la libertad del pueblo, y terribles enemigos del absolutismo. Al constituirse las monarquías históricas, los restos de esta

nobleza originaria confundieronse con la palatina, á semejanza de lo que pasó después con la nobleza feudal de la Edad Media.

c) *El Pueblo.*

Formaban esta clase sólo los hombres libres que procedían de las ramas secundarias de las familias nobles. Gozaban los hombres libres de toda clase de derechos: como el Rey y los nobles, llevaban suelta y larga la cabellera; constituían las asambleas populares, como que la soberanía residía en el pueblo, quien declaraba la guerra, y hacía la paz, los convenios, las alianzas, la determinación de abandonar un territorio y establecerse en otro, y en general discutía todos los asuntos de carácter nacional, así como los que tenían interés excepcional para la tribu. La libertad individual, que el germano amaba más que su propia vida, era la base y fundamento de todos sus derechos. Para ser hombre libre era necesario nacer de padres libres: bastaba que uno de éstos no lo fuera para que el hijo «siguiera la peor mano.» El prisionero de guerra dejaba de ser libre, y lo mismo el que se reducía á esclavitud por insolvencia. Otro de los atributos de su libertad eran las armas, que nunca abandonaba; sólo el hombre libre podía llevarlas, después de la ceremonia de la imposición. Los jóvenes libres y nobles sin fortuna, que se ponían bajo las órdenes de jefe elegido por ellos mismos, constituían la *banda guerrera*.

d) *Servos y libertos.*

Constituían éstos lo restante de la población germana, sin ninguna clase de derechos. Los libertos, ó sea los esclavos, á quienes el dueño concedía cierta especie de libertad, quedaban moral y aún materialmente sometidos á éste. Más tarde se les obligó á servir con armas en la guerra, y hasta parece que podían asistir á las asambleas de los hombres libres, pero sin voto. Tres fueron los modos principales de constituirse la esclavitud entre los Germanos: la prisión en la guerra, la insolvencia, y la ocupación de un territorio ya habitado, cuya población prefería perder la hacienda y la libertad á huir á los bosques. Al principio los prisioneros de guerra eran inmolados á los dioses, después sólo lo fueron unos pocos, quedando los restantes reducidos á esclavitud; lo que fué un progreso. Ciertamente que el germano, en un momento de arrebato, solía matar al esclavo; pero en general fueron tratados con clemencia, no tanto por la conveniencia de los dueños, como por la natural generosidad y nobles sentimientos de los Germanos.

II

Confederacion ostrogodo-visigoda

HASTA aquí hemos considerado al pueblo germano en su vida de aislamiento; pero á consecuencia del aumento excesivo de población, de la necesidad de defenderse de los ataques de los Romanos, y sobre todo de las terribles acometidas de otros pueblos bárbaros, que vomitaba sin cesar Escitia, las selvas que circundaban los terrenos habitados, determinando el aislamiento de las tribus, fueron desapareciendo. Estrechándose las distancias que separaban á las unas de las otras, entrando en relaciones de amistad con otras tribus, y sintiendo la necesidad de unirse, fundiéronse entre sí, dando lugar á la aparición de la horda. Necesariamente esto produjo notables cambios en la organización social y política de estos pueblos, pues muchas familias reales descendieron de su elevado pedestal, y otras nobles desaparecieron. Uniéndose varias hordas y comunidades, constituyéronse los pueblos, juntando las propiedades como se juntaban las familias y se ligaban sus comunes intereses. Mas esta unión suscitaba con frecuencia terribles reyertas entre las tribus; mal que se acrecentó sobremanera cuando los pueblos se confederaron para resistir al enemigo, ó para atacarlo, como

sucedió cuando Arminio quiso unir todos los pueblos Queruscos para asegurar su independencia. El héroe fué asesinado por sus mismos hermanos. Modificóse con esto la distribución de los terrenos; y más tarde, cuando la invasión, distribuyéronse provincias enteras. Las confederaciones eran ordinariamente de pueblos de una misma raza; pero á veces sucedía que un pueblo débil se ponía voluntariamente bajo la protección de otro más fuerte. Estas confederaciones sólo tuvieron por objeto resistir á los Romanos; pero cuando hubieron roto el dique y saltado en el recinto del Imperio, se unieron fuertemente los pueblos homogéneos y constituyeron las naciones. Sin embargo, los Sajones, apartados de todo inminente riesgo, conservaron la confederación hasta Carlomagno; y algunos otros pueblos conserváronla bajo un nombre general, como los Alemanes y los Francos; si bien estos fueron fundiéndose paulatinamente, pero mucho más tarde que los Marcomanos y los Cuados. Bajo el nombre de Godos existía una numerosa confederación de Germanos, pero sin unidad política. El lazo que los unía era sólo su procedencia de un mismo tronco, de Gant ó Godo. Estableciéronse desde un principio en la desembocadura del Vístula, pasando de aquí á la del Danubio, en las orillas del mar Negro, donde se dividieron por su situación en Visigodos y Ostrogodos.

III

La monarquía histórica de los Visigodos

DESDE su establecimiento en la desembocadura del Danubio, los Visigodos vivieron unidos con los Ostrogodos, pero bajo la dependencia de éstos. Separáronse, después de haber devastado las costas del mar Negro en ágiles embarcaciones, y hasta las de Grecia y las islas del Archipiélago, y de haber tomado parte en las luchas civiles de los Emperadores en tiempo de su rey Ermanarico. Poco después cae sobre los Godos la terrible inundación húnica: los Ostrogodos son sometidos, mientras los Visigodos se refugian en territorio romano. Mas á consecuencia del débil lazo que los unía, ni podían medir sus armas con las de los Romanos, ni acallar sus discordias intestinas. Un jefe visigodo, Fridigerno, abraza el Arrianismo, religión que adoptó después casi todo el pueblo, á pesar de la tenaz oposición de otro caudillo, Atanarico. Teodosio hizo paces con ellos, y esta alianza duró hasta la muerte del gran Emperador. Aparece entonces Alarico, de la nobilísima familia de los Baltos. Irritado el pueblo visigodo por las infamias cometidas contra él por los Bizantinos, se subleva, aclamando por su jefe, en 395, al joven Alarico,

quien empieza á trabajar por su cuenta. Desde este movimiento empieza á adquirir importancia histórica el pueblo que debía señorearse de la Península española. Devastadas Tracia, Macedonia, Tesalia é Iliria, pasa Alarico las Termópilas y se arroja sobre Acaya, hollando impunemente aquellos bárbaros el país cuna de la libertad y de la belleza, que inmortalizaron Homero y Píndaro, Sófocles y Eurípides, Jenofonte y Tucúditas, Arístides y Leonidas. La patria de Teseo, Agamenión y Aquiles estremeciése de terror á los rugidos de aquel vendaval desencadenado. Ni Apolo ni Palas Atenea acudieron á sus angustias invocaciones. Los dioses y los héroes dormían el sueño eterno de la muerte. Alarmado Estilicón, ofrece socorros á su colega Rufino; pero éste, que temía más á aquel que á los mismos Visigodos, lo rehusa. Corre Alarico á sitiar á la misma Constantinopla, á pesar del encargo de Fridigerno de que «hiciera paz con las murallas:» aterrado entonces Rufino, llama á Estilicón. Acude éste, retrocede Alarico, y el general y ministro de Honorio le encierra en los desfiladeros de Arcadia. Fácil le hubiera sido exterminar á los Visigodos, tan sólo por hambre, pero comprendiendo el astuto alano que trabajaba para su rival, se retira sin pelear, y Arcadio vese obligado á ceder al jefe visigodo la prefectura de Iliria con el título de duque. Instigado probablemente por Rufino, se lanza Alarico sobre Italia, mien-

tras Estilicón guerra en la Galia y en la Retia. Llénase Italia de terror al saber que los bárbaros han traspuesto los Alpes Julianos, acude presuroso Estilicón y derrota completamente á los Visigodos en Polenza y Verona obligándoles á retirarse á Italia. Estilicón pagó con la muerte sus victorias, y Alarico vuelve otra vez, presentándose como vengador de aquél, y se dirige á Roma, que desde Anibal no habia visto enemigos ante sus murallas. Alarico sentía dentro de sí una voz misteriosa que le decia «marcha á destruir á Roma,» mientras la Ciudad Eterna «sentíase mortal» (Chateaubriand). Trata de imponerse al jefe visigodo una embajada de senadores, intimándole con la gran muchedumbre de gente que todavía encierra Roma. Alarico, sonriéndose, contesta: *Cuanto más espesa es la yerba, mejor se siega.*—*¿Que nos dejarás?*—*La vida,*— replica con desprecio. Contento con el rico botín que le entregaron, entra en tratos con Honorio; mas disgustado por las exigencias de éste, se establece al rededor de Roma, y nombra un emperador, Atalo. Olvidando éste que su poder lo debía á Alarico, del que era una sombra, trata de hacerse independiente, prometiendo al pueblo la restauración del Imperio; mas el visigodo lo depone, entra en Roma, y la entrega á saqueo. Los bárbaros, sin embargo, respetaron las iglesias y á cuantos en ellas se habían refugiado. Alarico no podía permanecer en Roma; Italia estaba exhausta, y los Visigodos

expuestos á perecer de hambre; sentían además, hartos de correrías y rapiñas, la invencible necesidad del reposo; todos anhelaban formar una nación, pero la hora oportuna no había llegado todavía, porque la Providencia divina les había señalado otro destino. Alarico, pues, resuelve pasar al África, muy importante entonces, pues que en aquella época era uno de los graneros de Roma. Una tempestad destruye en el estrecho de Mesina las naves reunidas, y á poco muere el indomable visigodo, «cuando aún caían sobre sus hombros los bucles de su rubia cabellera.» Los suyos le dieron por tumba el lecho de un río, el Busento: sepulcro sublime, pero merecido por el héroe. Los Visigodos alzaron sobre el pavés al joven Ataúlfo, hermano de la esposa de Alarico, tan notable por su valor como por su hermosura. El nuevo rey, que conservaba prisionera á la hermana del Emperador, Placidia, de la que estaba enamorado, hace alianza con Honorio, quien le encarga la sumisión de los usurpadores Máximo y Geroncio, Jovino y Sebastiano. Dirígese á la Galia: vencidos Jovino y Sebastiano, cuyas cabezas fueron enviadas á Honorio, embiste Ataúlfo, obligado por la necesidad,—pues la Galia estaba devastada, y el Emperador, ó mejor, sus miserables consejeros, no mandaron á los Visigodos las remesas de trigo contratadas,—la ciudad de Marsella, cuyos almacenes estaban repletos de víveres; pero es rechazado por Bonifacio,